



# *El pensamiento de Américo Castro. La tradición corregida por la razón*

Congreso Internacional en homenaje a Américo Castro en el 70 Aniversario del inicio del exilio de 1939 (14 al 16 de octubre de 2009, Madrid)

Julio Rodríguez Puértolas (dir.)

Elena Díaz Gómez-Zorrilla (coord.)

CONGRESO INTERNACIONAL

**EL PENSAMIENTO DE AMÉRICO CASTRO.  
LA TRADICIÓN CORREGIDA POR LA  
RAZÓN**

**14 al 16 de octubre de 2009**

**ORGANIZA**

SOCIEDAD ESTATAL DE CONMEMORACIONES CULTURALES

**COLABORA**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID  
BIBLIOTECA NACIONAL

**DIRECCIÓN**

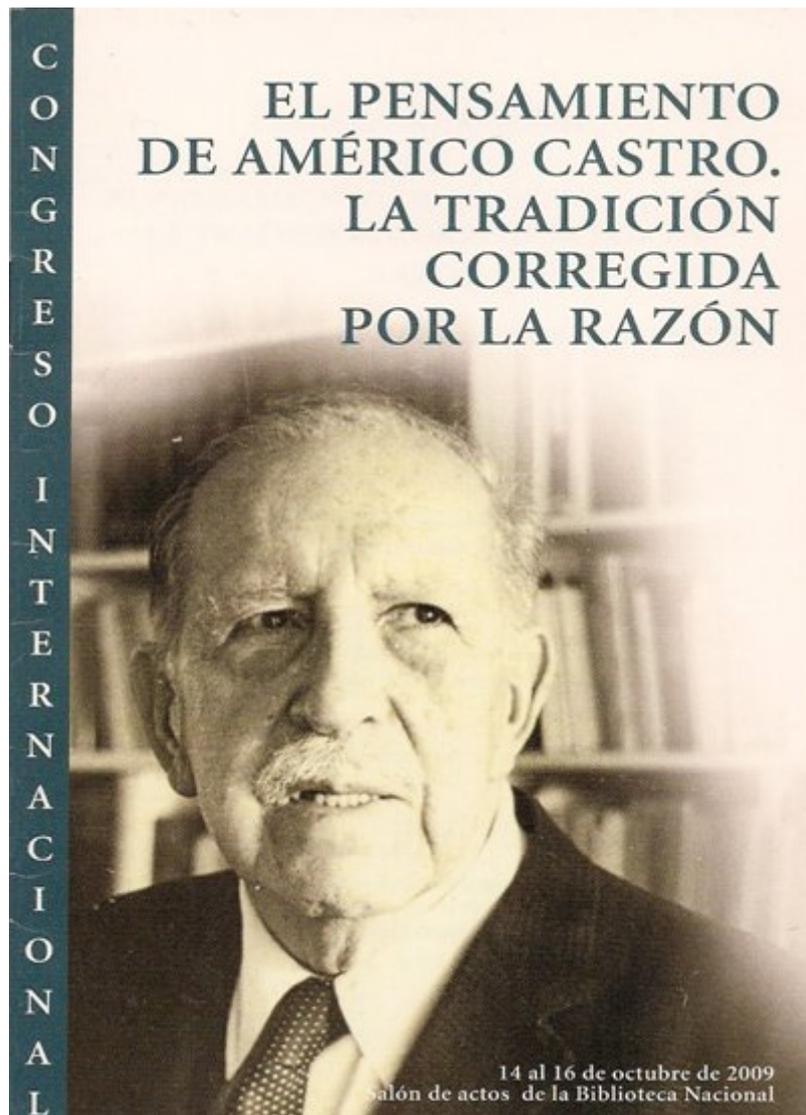
**Julio Rodríguez Puértolas**  
(Universidad Autónoma de Madrid)

**COORDINACIÓN TÉCNICA**

**Elena Díaz Gómez-Zorrilla**  
(SECC)

**SEDE**

Salón de actos de la Biblioteca Nacional  
Paseo de Recoletos, 20  
28071 Madrid



## Presentación



La importancia de la figura de Américo Castro en la historia de la cultura española del siglo XX es indiscutible. Sus trabajos e investigaciones acerca de la Historia y de la Literatura, del origen, ser y existir de los españoles, de Cervantes, de tantos temas interrelacionados, hacen de su obra renovadora, abierta, polémica y polemizada, un referente inexcusable para el mundo hispano y no sólo estrictamente español.

Por varias razones parece apropiado considerar y apreciar en su justo valor la vida y la obra del autor de *El pensamiento de Cervantes*, *España en su Historia*, *De la Edad Conflictiva* y tantos otros trabajos de quien preconizara que los españoles habíamos de ser dueños y no siervos de nuestra Historia. Estas palabras de Américo Castro podrían explicar algunas de las motivaciones por las cuales su ingente obra sufre, desde sus orígenes hasta hoy mismo, uno de los más profundos e insistentes ataques quizá nunca igualado en la historia intelectual española.

Pues lo cierto es que -utilizando una frase del Presidente Azaña, escrita con otros propósitos- la tarea de Américo Castro ha consistido, en buena medida, en intentar corregir la Tradición por medio de la Razón. Es decir, Castro pertenece a esa rara especie «españoles razonantes» que, al estilo de Lebrija, «no cesaba de imaginar medios para acabar con la barbarie española». Ocurre que, en efecto, para Américo Castro, ese mitoclasta nacional, «desmitificar es historiar», ya que no se trata «de saber más, sino de entender mejor», por lo cual, dijo también, el problema es «el de la radicalidad de lo español y no el de su frondosidad». Y así, su tarea comienza por desmontar la leyenda de «la Cueva de Altamira, Trajano y compañía»; la españolidad de los visigodos; el concepto unívoco y monolítico de una Edad Media «española» y puramente cristiana y su sustitución por la realidad de las tres culturas y las tres religiones, una imagen tan falseada e idealizada como la del llamado «Siglo de Oro», que intenta ocultar la existencia de conversos en la vida, en el pensamiento, en el arte de los ya españoles del siglo XVI y XVII, comenzando por la señera figura de Cervantes...

Por lo demás, en 2009 se cumple el setenta aniversario del gran exilio español de 1939 y del exilio del propio Castro. Él mismo declaró que la Guerra Civil y sus consecuencias le hicieron replantearse muchas de sus antiguas ideas sobre España y los españoles; su monumental tarea, a partir de entonces y hasta su muerte, así lo demuestra. Y hoy mismo, en que España parece ser, por fin, un país europeo, las teorías, las investigaciones históricas y literarias, culturales, en suma, de Américo Castro, resultan, en gran medida, incómodas. Una vez más, y como escribiera Don Américo en diferentes ocasiones, la Historia de España está siendo sometida a la «limpieza de sangre», ahora, además, por unas razones «europeístas» y muchas veces ni siquiera explicitadas: ¿cristianos, moros, judíos y conversos en un país occidental?

Así pues, el objetivo de este congreso internacional, con la participación de una serie de reconocidos especialistas en diferentes campos culturales, consiste en el acercamiento clarificador a aspectos varios del pensamiento de Américo Castro, en sus tres niveles de conferencias, ponencias y mesas redondas.

Julio Rodríguez Puértolas.

## Programa



14 DE OCTUBRE:

- 11:00.- Conferencia inaugural:
  - Juan Goytisolo, *La soledad de Américo Castro*.
- 12:15.- Mesa redonda:
  - Javier Castaño, *Entre nostalgia y conflicto: La imagen del judío en la obra de Américo Castro*.
  - Francisco Muñoz Marquina, *Judíos, moros y cristianos en los últimos «Episodios» de Galdós*.
  - Enrique Cerdán Tato, *Mis últimas conversaciones con Américo Castro*.
  - Fanny Rubio, *Las castas en Cervantes, según Américo Castro*.
- 17:30.- Ponencias:

- Rodolfo Cardona, *Américo Castro y el exilio: Algunas consecuencias*.
- Raquel Arias Careaga, *América en don Américo*.
- José Polo, «Ser» y «estar»: *El Américo Castro epistolar frente al discurso Académico (1960) de Salvador Fernández Ramírez*.
- Santiago López-Ríos, *Américo Castro y la reforma universitaria*.

#### 15 DE OCTUBRE:

- 10:00.- Conferencia Magistral:
  - Francisco Márquez Villanueva, *Américo Castro: Entonces y ahora*.
- 11:15.- Ponencias:
  - José María Ridaio, *Américo Castro y el pensamiento liberal español*.
  - Carlos París, *La justicia y la España cervantina en Américo Castro*.
  - Kevin Ingram, *¿Quién teme a Américo Castro? Castro y el debate sobre la importancia de los conversos en la cultura de la Edad de Oro*.
- 17:30.- Ponencias:
  - Luce López-Baralt, «*El aroma del Yemen*»: *La simbología mística islámica de San Juan de la Cruz*.
  - Pedro Martínez Montávez, *El gran exilio hispano-andalusí: los moriscos en Américo Castro*.
  - Ignacio Pulido, *Américo Castro y Marcel Bataillon: Medio siglo de amistad en torno a la Historia de España*.
  - Julio Rodríguez Puértolas, *Amistades peligrosas: Américo Castro y Camilo José Cela*.

#### 16 DE OCTUBRE:

- 10.00.- Mesa Redonda:
  - David Becerra Mayor, *La dialéctica judío/cristiano en la crisis del organicismo feudal*.
  - Rica Amran, *Judíos y conversos: De Américo Castro a Benzion Netanyahu*.
  - César de Vicente Hernando, *Historicidad y tiempo en Américo Castro*.
- 12:00.- Conferencia de Clausura:
  - Joseph Pérez, *La tradición occidental y la obra de Américo Castro*.

**Ponencias pertenecientes al 14 de octubre de 2009** <sup>△▽</sup>

△▽

**Conferencia inaugural**

# La soledad de Américo Castro



Juan Goytisolo.  
Escritor

*El Epistolario (1968-1972). Cartas de Américo Castro a Juan Goytisolo*, publicado por Pre-textos en 1997 en una cuidada edición y con una excelente introducción de Javier Escudero, posee para mí y para cuantos lectores calen en él, un contenido altamente emotivo.

Cuando tras treinta años de exilio americano, el autor de *España en su historia* regresa a la Península en lo que será ya la última etapa de su vida lo hace en condiciones de doloroso aislamiento. Con escasas excepciones, el mundo cultural y académico le rehúye; los medios informativos le someten a un sistemático ninguneo; la enfermedad incurable de su esposa y la propia vejez le asedian en el apartamento, que él llama «penitenciaría», en donde, según sus palabras, «cumple condena». Su enfrentamiento a la mítica España Sagrada forjada por el nacional-catolicismo, esto es, por la unión hipostática entre Iglesia y Estado, le vale el ostracismo por una dictadura a la que no vislumbra salida alguna. Numerosas citas extraídas del epistolario revelan una amargura y cansancio entreverados de lo que cabría llamar una rebeldía existencial frente al destino del ser humano:

«No es fácil estar aquí. La única salida es intentar escribir algo, drogarme con la propia mente».

«Escribir es la única droga, a sabiendas de que serán pocos quienes leerán y entenderán».

«Cuando una mentira (o fantasmagoría) es creída por millones de gentes, no cabe sino quedarse solo. O suicidarse, como Uriel da Costa; lo cual no entra en mi programa».

«[...] tener uno que depender del cuerpo es gran porquería. Deberían haber hecho el cuerpo sin el *uno*, pues éste a cierta edad es como un general sin tropa que obedezca».

«[...] el mal tiene muchas formas, pero el dolor físico es, además del mal, una prueba de estar uno sufriendo por estar torpemente planeando el habitáculo humano en donde nos han metido sin consulta previa».

Éstas y otras muchas frases -referencias a su «aislado refugio» de la madrileña calle Segre; al «vivir solitario» en una urbe para él ajena; a sentirse «tan viejo y exhausto»- nos remiten a la idea de un mundo mal hecho, de una Creación fallida, como leemos en las páginas de Fernando de Rojas y Mateo Alemán. La fusión de las ideas del historiador y de sus propias vivencias en el crepúsculo de su vida es así completa y la revista de una coherencia ejemplar. Si Dios creó el ser humano a su imagen y semejanza, dicho en otros términos, no debe sentirse orgulloso de la imagen que le devuelve el espejo.

La empresa mitoclasta de Américo Castro chocaba de frente con la historiografía oficial: la dura polémica con Sánchez Albornoz es sobradamente conocida para que insistamos en ella. El autor de *Cervantes y los casticismos españoles* la daba por zanjada y no la evoca siquiera en la correspondencia. Pero las tesis más recientes de Braudel en torno a la expulsión de los judíos de la Península en función de la *loi du nombre* y el enfoque marxista de Pierre Vilar, tan en boga en las aulas universitarias durante aquellos años, encarnaban dos ejemplos para él de una historia abstracta y desconocedora de la singularidad cultural de España en el caso del primero y de un dogmatismo doctrinario de nuevo cuño en el del segundo:

«Como yo no trato de estructuras y superestructuras, y sí de cómo los hombres manejan y disponen sus circunstancias naturales y sus posibilidades económicas, mi historia no conviene al marxismo, cuyo menester es enredilar a las personas para que todas bailen al unísono».

Su perspectiva histórica permite explicar en cambio porque «un muchacho de Perpignan juzga suya la historia de Francia, mientras que para el de Port Bou, la de España carece de sentido», y porque nuestra pobreza y atraso se debían al oprobio que pesaba sobre el comercio y demás actividades mercantiles tildadas de judaicas.

Vacía de su médula vivencial, la historia mítica o doctrinaria no aclara en efecto el difícil arraigo en nuestro suelo de una democracia similar a la existente en otros países europeos. La ortodoxia hispana exigía -y algunos miembros de la Conferencia Episcopal nostálgicos del franquismo exigen aún- que el poder político y el eclesiástico marchen de la mano. Como subraya Castro, la soldadura existente entre lo religioso y lo estatal es un elemento netamente semita asimilado por la Iglesia y la monarquía de los Habsburgo. En nuestros días, el Estado judío implantado en la Tierra Prometida por Dios a Abraham se funda en razones étnico-religiosas y la suerte de la minoría palestina de nacionalidad israelí no difiere mucho de la de nuestros moriscos, aunque en su caso no se les imponga la conversión. En cuanto al mundo islámico, en la inmensa mayoría de sus Estados reinan autocracias más o menos despóticas cuya legitimidad busca sus raíces en el Corán y la Sunna. Nuestra vieja alianza del trono y el Altar halla hoy su réplica exacta en los Estados teocráticos o dinastías republicanas del ámbito musulmán. Sin ir más lejos, la tríada Dios/Patria/Rey de nuestros carlistas del XIX y requetés de la Guerra Civil es la cantada hoy en el himno oficial de Marruecos: *Alá -el Watan- el*

*Malik*. Como dice sarcásticamente Castro en su epistolario, «el providencialismo de los piadosos obreros de Dios coincide con el mesianismo de los economólotras».

La preparación por el futuro político de España y del mundo en general es tema recurrente en las cartas del historiador recluso en su apartamento madrileño, sin otro consuelo que la visita de un puñado de amigos y la correspondencia con ellos.

«Me aterra la indefensión hispánica ante su futuro, expuesto a ser una sucesión de situaciones caóticas, entreverado de tiranías más cruel la una que la otra. Iberoamérica, desde Méjico a la Argentina, es el espejo en que la juventud inteligente y capaz debiera medirse. La solución sencilla es entregarse, como un envoltorio, a un gobierno extranjero rico o bien armado: alquilar el suelo de España a los U. S., o llamar a los comunistas destacados en Praga o en Albania para que "aticen" y amordacen, en nombre de sus potentes amos. A mí no me duele ni ahoga España: me alarma y causa inmensa piedad».

Pese a los cambios operados por la transición democrática del franquismo a la monarquía constitucional, numerosos problemas evocados por Américo Castro en sus cartas mantienen su perturbadora vigencia en el Estado de las Autonomías, con los agravios comparativos, esencias identitarias, complejos de inferioridad con las comunidades vecinas y rivalidades de campanario. La desmitificación de la España Sagrada de Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal y Sánchez Albornoz, que tanto ha influido en el campo de la historiografía como en el de la creación literaria -vayan de ejemplo *Tiempo de silencio*, *Terra Nostra* y *Don Julián*, así como la obra de José Jiménez Lozano-, no le hizo perder de vista el fenómeno de su clonación en los nacionalismos periféricos, tan propensos al mito como el de su matriz castellana. Para don Américo, las varias Españas -las que hoy llamaríamos la España plural- o engranan unas con otras en la forma que sea o volverá a resurgir la corriente disgregadora del cantonalismo o las taifas. Aunque curiosamente no mencione la mitología vasca de Sabino Arana -la milagrera transformación del vizcaíno, ese español puro, incontaminado por la sangre manchada de moros y judíos sobre el que ironizaba Cervantes, en el multimilenario éuskaro sojuzgado por los maketos- mitología con cuyas consecuencias apechamos aún, sus palabras sobre Cataluña y Galicia deberían ser sujeto de reflexión para quienes defendemos sin demasiadas ilusiones el proyecto republicano y federal de Pi y Margall, edificado sobre bases estrictamente seculares:

«Hay separatismo por no haberse preparado nunca un cemento para unir los bloques de humanidad disgregada, hoy desparramada por el suelo de la Península. Las cohesiones dentro de cada bloque son sólo folklóricas; ni Castilla puede verter *mansamente* una cultura *castellana* sobre Cataluña, ni Cataluña puede imponer -llana y naturalmente- una cultura original y suya más allá de sus lindes. Aquí no hubo más cultura, propia y genuina, que la guerrera o la folklórica (en el maravilloso *Romancero*, Castilla se cantó a sí misma, tan

bellamente, que Cataluña y Portugal también romancearon los mismos temas en catalán y portugués)».

Y, apuntando con más precisión a sus inquietudes, agrega:

«Las regiones -sobre todo Cataluña y en otro sentido Galicia- son víctimas de su mitificación regional tanto como el resto del país. La prueba es que Coraminas excluyó de su Dic{c}ion{ario} Etimológico, *español* y también *catalán*, porque esta última palabra tiene que ser prehistórica, eterna, como el Tartesos de Pericot que ya encierra el carácter de los españoles. Los gallegos no han escrito ni una línea sobre mis "santiagadas", porque quieren separar su historia de la de los españoles. Lo de Santiago y los moros les "sabe mal". En suma, los mitoclastas tenemos ante nosotros una tarea ingente».

La honda preocupación de don Américo por la marcha del mundo en aquellos años tensos de la Guerra Fría es igualmente esclarecedora. Sus referencias a «la estúpida guerra de Vietnam» y a la cruda verdad del supuesto socialismo soviético en el que tantos intelectuales de Occidente creían a pie juntillas, coincidían con mi percepción de las cosas. Mi participación en las marchas y manifestaciones contra la desastrosa aventura vietnamita -bastante parecida, dicho sea de paso, con la que se prolonga actualmente en Irak- no obstaba para mi total escepticismo respecto a la idealización doctrinaria de la llamada Patria del Socialismo. Mis viajes a la URSS en 1965 y 1966, invitado por la Unión de Escritores me habían mostrado el total desajuste existente entre la realidad y la propaganda, como expuse en un capítulo de «En los reinos de taifa». Un chiste contado por uno de los «niños de la guerra» durante mi estancia en Moscú resumía irónicamente la esquizofrenia reinante: el pintor expresionista pinta lo que ve; el impresionista, lo que siente; el realista socialista, lo que oye. El humor -en el ámbito privado, claro está- ha sido siempre la defensa espontánea de los pueblos sometidos al totalitarismo religioso, nacionalista o ideológico. Quienes crecimos bajo el franquismo sabemos bastante de ello. Pero devuelvo la palabra a mi lúcido y desalentado corresponsal que, tras despacharse a gusto con la obcecación del Vaticano a propósito del divorcio -y hoy añadiría del aborto, los preservativos, etcétera-, reprueba duramente la ceguera política de Nixon y desmitifica «el dogmatismo brutal de la Iglesia ruso-marxista» en unos términos que se ajustan al neozarismo de Putin y su apoyo al Patriarcado ortodoxo:

«Y no se acabará nunca la guerra de Vietnam; por encima de todo, una imbecilidad. Mandé una carta a *Herald Tribune*, demasiado larga. Ahora me dice el "Editor" que no me la acortaron por miedo a falsear mi punto de vista; pero me pide que le mande algo más breve. No haré nada: es como ladrar a la luna [...] ¿Cuántos saben hoy que la estructura de España,

en su esquema último, se asemeja a la del régimen de la monarquía absoluta, eclesiástico-nobiliaria? ¿O que los soviets, en último término, mantienen la estructura de la iglesia ortodoxa, que sigue presente en la del "partido"? Los miembros de éste son como popes; el sínodo eclesiástico es el "politburó"; el zar, jefe de la iglesia, era como el secretario del partido, etc.».

El tema de la soledad, cuando no otras formas más inhumanas de castigo, condignas a quien se atreve a salir del redil comunitario y a pensar por su cuenta aflora una y otra vez en las páginas de la correspondencia. Con motivo de mi recorrido por Siria, Líbano y Jordania en otoño de 1968, don Américo manifiesta su escepticismo sobre la posibilidad de un diálogo interreligioso -propugnado ya en el siglo XV en la audaz y generosa propuesta conciliar de Juan de Segovia-, a causa de la fusión de las tres tradiciones monoteístas con unas prácticas excluyentes y manipuladoras que amenazan con la cólera divina y los castigos terrenos «a quien descubra los trucos practicados tras los misterios del santuario».

«Lástima no poder oír sus impresiones acerca del próximo oriente -seres todos ellos sin más horizonte que el de su ley divina, en el fondo idénticas en cuanto a su acción totalizante y efecto paralizante. Un francés suizo y un alemán suizo saltan por sobre las bandas de sus lenguas y tradiciones, y construyen una nueva forma de convivencia. Pero un sirio y un israelí han de existir en cuclillas, agarrados a ritualismos necios, que para ellos valen como derechos del "hombre" [...]. Si pudiera la religión reducirse a un área íntima, privada, cabría formar una confederación "secularizada" de sirios, israelís, etc. Pero prefieren hacerse añicos; carecen de materia secularizable».

¿Qué hubiera dicho Castro, de hallarse en vida, de las palabras de Benedicto XVI en su reciente periplo por Israel, Palestina y Jordania, cuando apuntaba al laicismo como el enemigo común de las tres religiones y sostenía que éstas, lejos de limitar las mentes, ampliaban los horizontes de la comprensión humana? Afirmación cuando menos arriesgada, como prueba su condena inapelable del uso del preservativo en una África diezmada por el virus del sida. ¡Un excelente ejemplo en verdad de amplitud de miras y de rechazo de la ignorancia!

Si buscamos un común denominador al meollo de esta correspondencia lo encontraremos en la rebeldía de don Américo contra el dogmatismo y la mitificación, sean de la índole que sean. A sus ochenta y pico años, conserva íntegro el anticonformismo de un joven de dieciocho. La frase de Erik Satie que he citado más de una vez -«quand j'étais jeune, les gens autour de moi me disaient, vous verrez, vous verrez quand vous aurez soixante ans; eh bien! J'ai plus de soixante ans et j'ai rien vu!»- se ajusta con exactitud al recluso en «penitenciaría» madrileña. No vislumbra una salida

para España ni para un mundo en perpetuo litigio, mas no se resigna ni se doblega. Conserva al revés su clarividencia -«La cultura científica, hoy aplastante», dice, «no tiene como paralelo ninguna cultura moral- y da muestras a veces de un refrescante sentido del humor: «tensemos en la evidencia de que las adhesiones de las masas durante siglos, a supuestos hechos y principios, sólo tienen como fundamento su adhesividad. El paraíso de Mahoma, las conversaciones de Yavé con este y el otro, el nirvana, la «revolución cultural» de Mao, etc., etc., son reales sólo como creencias, defendidas con hierro y fuego [...]. Pero imagínese que Juan y Américo, Inc{orporated}., o S{ociedad}. A{nónima}., fundaran una "Societas Veritis", cuyo fin primario fuera demostrar que la mayor parte de lo creído por la gente no es cierto. ¿Cuánto tardarían en hacernos, a Ud., butifarra, y a mí, longaniza granadina?».

A causa de esta rebeldía e inconformismo frente a las supuestas verdades como puños, nuestro historiador no obtuvo el reconocimiento oficial de medallas y honores que a menudo acompañan a las mediocridades que doblan oportunamente el espinazo ante los poderes fácticos. Murió solo y ninguneado por la mayoría del gremio universitario y académico. Pero su integridad al servicio del saber cognoscible de su tiempo vale a ojos de quienes tanto hemos aprendido de él por todas las recompensas y lauros.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**